

Hernán Vargas Carreño

Zapatoca, Colombia, 1960. Docente de Literatura egresado de la Universidad Industrial de Santander. Creador y director, desde 1991, del programa nacional *Poesía Mar Abierto*, liderado por *Poetas al Exilio* en la ciudad de Santa Marta, entidad que dirige desde su fundación. Editor del sello y de la revista de poesía *Exilio* y traductor de Edgar Lee Masters y Emily Dickinson. Entre otras, ha recibido las siguientes distinciones: Premio Nacional Poesía del Caribe (1993); Premio Nacional de Poesía Antonio Llanos, Cali, 2000; segundo finalista en el Premio Nacional de Poesía Ciudad de Bogotá IDCT., 2002; Premio Nacional de Poesía Sin Banderas Casa de Poesía Silva, 2003. Obras publicadas: *Plural*, 1993; *País íntimo*, 2003 y *Almenas del tiempo*, 2003.

Trenes

*Para El guardagujas,
de Juan José Arreola*

1

Una estación que ve llegar
trenes rojos
trayendo como único pasajero
la noche;
un día el sueño se cumple:
llega el tren rojo,
se baja la noche,
y se instala para siempre
en la estación del olvido.

2

Los trenes que siempre han pasado
silenciosos, vacíos,
y en su última ventanilla
un niño muerto
dibujándome un adiós
con su mano triste.

3

O el tren perdido,
el que nunca regresó
y tampoco llegó a su destino;
dicen que ahora es un fantasma;
a veces aparecen sus huellas
en los sembrados.

4

Los trenes deseados,
los que nunca humearán;
alguna vez nos despertará
su estrepitosa presencia
ante el asombro de la Muerte.

7

El maquinista de sueños
que añora su oficio
en la última estación.
Cómo anhela que los rieles
vayan más allá de su memoria.

8

El vendedor de boletos
que una tarde
vino a comprarse a sí mismo
un boleto sin regreso.

9

El tren de los dioses.

Pasa sólo una vez.

Alguien se baja, gira la aguja,
borra la memoria de los hombres
y todo vuelve a empezar de la Nada.

10

El pregonero de rutas

que jamás ha subido a un tren.

Estancia

Quien aprende a amar
los altos muros de su casa,
los lamentos que allí persisten,
los perros ancianos y silenciosos
que se niegan a morir,
aquellos peldaños que ya nadie sube,
los ruidos de la cocina y el espectro
de la madre ofrendándonos el café
y su bendición,
le será fácil aceptar
—mas no comprender—
que esa, ya no es su casa,
sino los altos muros de su tumba.

Morada

La casa que se resquebraja dentro de mí nadie la habita; nunca una luz ni una ventana abierta; ¿qué señales de vida la mantienen en pie? Tiene la parquedad que solo dan los años y hay rosales viejos que nadie sembró y que nadie poda. Tampoco yo quiero ocuparme en limpiar su entrada repleta de hojas secas que felices se pudren. El alma de la casa que me habita no me pertenece, y no acepto sus reproches, porque nunca le prometí una familia que no tengo. En su soledad, ella ha tenido que imaginarse sus habitantes espectrales delirando en sus falsos laberintos; y sola tendrá que desmoronarse bajo el universo; morirá como suelen morir los hombres cuando en su vanidad han comprendido la desolación de su miseria. Y no moveré un solo dedo para evitarlo. No fui yo quien levantó sus abominables fortalezas.

Infancia

*Por los solares juegan unos niños
en sus coros de ausencia.
Juegan a que están vivos todavía,
a que nunca se fueron.*

Eugenio Montejo

1

Recuerdo cómo jugábamos
a las palabras suicidas
—que de algún modo habitan al niño—

las estallábamos
contra los muros de las noches,
hacíamos un jardín con ellas,
nos lanzábamos a su silencio absurdo
y moríamos abrazados a su dolor.

2

Un día perdimos al tiempo
en los linderos del bosque;

¿podrá algún canto atraerlo
a mi gruta?

Oh la oración infantil
que perturbaba la sangre,
cómo huyó de los labios...
cómo nos liberó de los años...

3

Acudieron a la cita
mis juguetes destrozados
y el pequeño fantasma
abandonado en ellos;

¿ dónde las manos que me los ofrecieron ?
¿ qué de su imperio inaugurando formas ?

Esta superficie brillante
que violenta mi garganta
fue alguna vez un sueño para mí;
¿ por qué no me reconoce
y aligera esta muerte ?

4

Ya se sabía de la luna
y su abusiva permanencia;
ya habíamos entonado
el último canto a los divinos;

¿ para qué volver de la muerte
si el aroma de las azucenas
nos esparce por el campo ?

—olfatos hay que pasan
y nos acunan en su memoria—

La poesía

Para Mick Jagger

La poesía nos presta sus asombros, sus devaneos, las formas irrepetibles de una tarde, ese leve temblor de aquellos labios que hemos anhelado en secreto, o cualquier otro deseo por fatuo que sea.

Algunos creen poseerla; ignoran que la poesía es hermana de la demencia; no se deja poseer; es ella quien posee, quien acoge.

Podemos ver a través de ella, pero no atravesarla. Su esencia no permite el otro lado, tampoco el de acá; no hay portones, pestillos, aldabas. No se entra o se sale de ella. Se está o no se está.

Momentáneamente puede ser un espejo. Pero ya. No da lugar a vanidades; solo a reconocimientos no muy alentadores. También es una sombra que pasa, o una luz, da lo mismo. Se piensa entonces en un espíritu o algo así; y hacemos bien en pensarlo. Para acercarse a ella hay que profesar actitudes místicas, demenciales o pasionarias.

Quienes lo hacen están muy cerca; han tenido sus roces con sus bellezas y sus crueldades. La invitan a su mesa y ella acepta el pan y el vino. Pero no el pan y el vino en sí, sino la idea del trigo hecho alimento y la idea del licor hecho amistad y locura.

Y quien se resigne dormirá lejos de su canto. Hemos de seguir intentando con la poesía, haciendo trueques con ella, intercambiando afectos, deshonras, nimiedades. Tal vez un día nos deje en casa un poco de su luz, o en la mano uno de sus talismanes, o en el pecho, una pócima de su dolor.

Oficios contra la poesía

Persuadir a cierto cuchillo
para que ignore el pan
y solo se ocupe de los enemigos.

Abrir los ojos de los muertos
que se resisten a ver
las vísceras del infierno.

Dirigir la flecha
al corazón del único guerrero
que podría libertar a su pueblo.

Desparramar sobre cierta palabra tierna
un olor pestilente y ocre
para que sea abandonada por los hombres.

Advertirle a un iluminado del mal
su secreta vocación para crear el Caos.

Pintar de verde pútrido
el rostro de los ahorcados.

Abrir las fauces del Terror
solo por capricho
de los dioses ignorados.

Provocar en un varón
-que desdeña la Dicha por temor a su virilidad-
el Deseo acendrado en los labios de un muchacho.

Cimbrar el último estertor
en el bello ciervo
desangrado por los bellos tigres.

Purificar el lecho
al que nunca podrán llegar
una pareja de amantes
que se consumen sin poder acariciarse.

Bruñir el odio mortal entre dos hermanos
para que al otro lado del Universo
renazca un dios perverso.

Cavar mi propia fosa
y morirme en los demás una y otra vez
sin poder abrazar mi propia muerte.

Veneno Cicatero Retorcido y Malnacido
Amo de las miserias: ¿ cuántos viles oficios más
tendremos que soportar contra la Poesía ?